

Capítulo 168 - Casi ocurre una guerra.

"Uf... que todos mueran de una vez..." murmuró, con un tono prolongado y sin emoción, como si el mundo entero fuera una tarea agotadora. "¿Por qué es tan difícil mantener el control en este mundo miserable?"

Las miradas de todos se volvieron hacia la fuente de la voz y, por un momento, incluso el caos pareció dudar.

La figura que entró en la habitación irradiaba una presencia imponente. Su piel, pálida como el alabastro, contrastaba con su cabello negro y brillante, que caía en ondas impecables hasta la cintura. Sus ojos escarlata brillaban con una frialdad calculada, enmarcados por largas y espesas pestañas que acentuaban su rostro inexpresivo. Llevaba un ajustado vestido negro adornado con detalles dorados que parecían hebras de oro líquido. Un amplio escote acentuaba su porte aristocrático, mientras que dos cuernos curvos, hechos de un material que parecía obsidiana pulida, se alzaban majestuosamente de su cabeza.



Levantó un dedo y el caos a su alrededor se congeló de repente, como si la realidad misma hubiera decidido obedecer. Las auras opresivas se desvanecieron, los sonidos se extinguieron y la habitación quedó envuelta en un silencio absoluto.

Con aire de autoridad resignada, suspiró, sacudiendo ligeramente la cabeza, claramente cansada de la escena que acababa de presenciar.



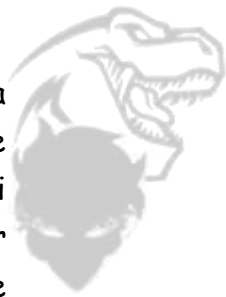
—Disculpe la interrupción... Pero, si me lo permite... —Su voz era impasible, pero afilada como una cuchilla—. ¿Podría detenerse, por favor?

La mujer dio otro paso adelante, y el sonido de sus tacones resonó por la habitación. Cada movimiento parecía transmitir autoridad, como si el poder que exhibía fuera solo una fracción de su verdadera fuerza.

Zafiro, Virgilio, Rafael e incluso Felicia, que normalmente no daba espacio a interrupciones, miraron al recién llegado con una mezcla de incomodidad y cautela.

—Paimon... —murmuró Rafael, entrecerrando los ojos y dando un paso atrás, algo raro en ella.

Paimon suspiró profundamente, como si llevar la carga de la paciencia fuera su mayor prueba. Escudriñó la habitación con sus ojos escarlata, visiblemente molesta. "Sinceramente, ustedes cuatro son el mayor problema de mi existencia. Si no pueden controlarse, quizás debería intervenir directamente..." Se cruzó de brazos con aire de superioridad, esperando que nadie se atreviera a contradecirla.



Su mirada se desvió hacia un punto distante en el espacio y arqueó una ceja con teatral curiosidad. "Ahora bien... ¿por qué, exactamente, hay un ejército de ángeles ahí atrás?" Señaló una zona invisible al ojo común, donde el poder celestial latía con intensidad. "Que yo recuerde, nuestra guerra terminó hace siglos. Ya no tenemos quejas... o al menos, no deberíamos tenerlas, pobre ángel". Su fría mirada se posó en Rafael, quien evitó su mirada por un instante.

Rafael, recuperándose rápidamente, respondió con una sonrisa segura y un leve asentimiento. «Es difícil no traer un ejército cuando se trata de estos dos. Tú mismo deberías reconocerlo». Señaló con la mano a Zafiro y Felicia, como si la explicación fuera obvia.



Antes de que Paimon pudiera responder, ladeó ligeramente la cabeza y un leve destello de desdén brilló en sus ojos. "Además...", alzó la voz, con un tono sutilmente provocador. "¿No creen que es hora de las presentaciones, caballeros Azazel y Alucard?"

Su dedo señaló al cielo, donde dos figuras masculinas flotaban en el aire, observando la escena con sonrisas maliciosas. Azazel, con sus alas negras desplegadas en marcado contraste con su armadura dorada, parecía encarnar el equilibrio entre la gracia y la destrucción. A su lado, Alucard parecía más relajado, con sus ropas negras ondeando al viento y sus ojos rojos brillando de pura diversión.

"Simplemente estábamos disfrutando del espectáculo", dijo Alucard con una sonrisa sarcástica mientras descendía lentamente, aterrizando sin esfuerzo junto a Raphael.

—Oh, pero no somos los únicos aquí, ¿verdad? —interrumpió finalmente Zafiro, recorriendo la habitación con la mirada. Sintió un escalofrío al notar la presencia de muchas otras fuerzas convergiendo en ese mismo lugar.



En tono serio, continuó: «Esto se está convirtiendo en algo mucho más grande. Esta reunión de poderes... parece una declaración de guerra».

Los demás comenzaron a darse cuenta de lo mismo. Desde demonios hasta ángeles, e incluso vampiros, brujas y algunas figuras desconocidas observando la escena, la atmósfera estaba cargada de tantas auras que parecía que el tejido mismo del espacio estaba a punto de desgarrarse.

Paimon entrecerró los ojos y su voz sonó como un susurro amenazador. «Si alguien aquí piensa reiniciar una guerra, quiero dejarlo claro... eso no se tolerará».



Todos guardaron silencio un momento, hasta que Alucard soltó una carcajada, rompiendo la tensión. «Tranquila, Paimon. No buscamos una guerra. Pero... seamos sinceros, tus dos... Bombas Nucleares. Casi destruyes Los Ángeles, ¿sabes?»

—Sé exactamente lo que pasó en Los Ángeles —respondió Paimon con voz fría como el hielo—. No me importa lo que hayan causado tus pequeños juegos de poder, Alucard. Si crees que puedes usar eso como excusa para divertirte, entonces subestima mi paciencia bajo tu propio riesgo.

Alucard simplemente sonrió, siendo esa sonrisa lo único que parecía mantener intacta su calma. Se cruzó de brazos y dio un paso adelante, como dispuesto a poner a prueba la paciencia de Paimon. «Disfruto, sí, pero también aprecio un buen espectáculo. Solo creo que la última demostración de poder fue un poco... descontrolada. Y no me vengas con ese aire de autoridad, Paimon. Sabes tan bien como yo que todo esto tenía que pasar».

Zafiro, que hasta entonces había estado observando en silencio, sintió que la frustración le subía al pecho. Ya no estaba dispuesta a mantenerse a la defensiva. Su mirada se dirigió a Paimon y su voz se volvió cada vez más pesada. "Ya no aguanto más esta mierda", dijo de repente Zafiro, y su aura explotó...

"Vayan a casa, gusanos menores..." murmuró, y su aura era tan opresiva que empezó a hacer retroceder a todos...

Azazel, que había estado observando atentamente, comprendió enseguida que ese era el límite. El peso del aura de Zafiro, combinado con la presencia de Paimon, convertía cualquier intento de resistencia en un suicidio. Sintió una necesidad urgente crecer en su interior. Ya no podía quedarse allí...

"Ella ya está al borde del colapso..." pensó, mientras sus ojos escaneaban rápidamente la situación.





Aunque puedo sobrevivir a este poder, si cuenta con el apoyo de Paimon, podría destruirnos a todos... Con un movimiento rápido, Azazel desapareció de la escena; sus palabras y su presencia se disiparon como si nunca hubieran estado allí. Su instinto de supervivencia triunfó.

"Ah... bien. Vámonos", Alucard, por otro lado, se acercó a sus vampiros con una sonrisa sarcástica y asintió. Su postura relajada contrastaba con la creciente tensión, pero sabía que no era el momento para una confrontación directa. Sin dudarlo, desapareció, dando órdenes en silencio a sus seguidores, quienes lo siguieron y desaparecieron en la oscuridad.

La escena, antes caótica y llena de desconfianza, se calmó, y cada facción se retiró. Demonios, ángeles, vampiros y otros seres poderosos comenzaron a desaparecer uno a uno, retirándose de la arena con la sensación de que algo mucho mayor podría suceder, pero no estaban preparados para enfrentar la tormenta que Zafiro y Paimon podrían desatar.

—Vayan a casa. Si quieren resolver sus diferencias, empiecen con conversaciones sencillas. No son niños —dijo Paimon como una madre frustrada.

"Incluso con la Dimensión de Batalla, causaste muchos problemas en el mundo. Personas inocentes murieron en las tormentas que causaste. Los huracanes mataron gente", dijo Paimon, y los dos la miraron con total indiferencia.

"Ah... ¿para qué lo intento?", dijo Zafiro, pasando junto a Vergil y poniéndole la mano en el hombro con expresión de agotamiento extremo. "Por favor, controla a estas mujeres. Solo quiero ver mi anime favorito en paz...", murmuró con una melancolía digna de la protagonista de un drama.





Vergil, con una sonrisa traviesa, no pudo resistirse: "Ah, así que estabas en cosplay... En serio, pareces la chica sexy que quiere estar con el grandullón de ese anime".

Antes de que pudiera continuar, una ola de dolor explotó en su estómago, provocando que se doblara y cayera de rodillas.

—¡CÁLLATE! —gritó Zafiro, con los ojos brillantes de rabia, antes de desaparecer en un círculo mágico púrpura que giraba a su alrededor como una tormenta mística.

Vergil se quedó allí, recuperándose, con el dolor aún latiendo en su estómago. "Solo intentaba ser gracioso...", murmuró, aún aturdido, mientras miraba el espacio vacío donde Zafiro había estado antes de desaparecer.

Las paredes de la habitación aún resonaban con el sonido de su risa forzada, y Vergil simplemente dejó escapar un suspiro. "Eso... fue ridículo..."

